

libros

Por María Eugenia Meza B.

Recordando con admiración

(“Ciudadano”, Armando Rubio –Ediciones Minga, 1983–, y “Proyecto de obras completas”, Rodrigo Lira –Ediciones Minga, 1984–, Chile.)

Diciembre de 1980 fue un mes enemigo de la poesía joven. En Nueva York, de un balazo la muerte se llevó a John Lennon y, en Chile, le tendió una trampa a Rodrigo Lira, otro de los mayores poetas de la nueva generación. Un año después, otro diciembre, conquistó a Armando Rubio.

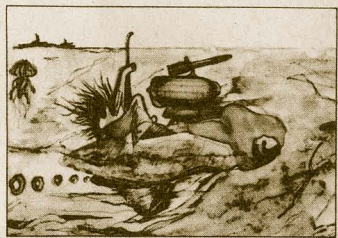
Sus obras, antes de que encontraran la muerte –uno voluntariamente, el otro en un accidente infausto– eran ya reconocidas por la crítica adulta, pero, sobre todo, por la juventud que, en encuentros, reuniones poéticas, recitales o conversaciones en los pasillos de la universidad, tomaban contacto con su poética.

Distintos en la forma, ambos convergían en la temática, en los problemas, en el amor y el desconsuelo.

Armando, delgado, casi ascético, de mirada suave y con un aura trágica, describía al hombre de su época, a través de una especie de autorretrato en el cual se mostraba como un ser sensible, desarraigado y habitante de la angustia: “Pero no tengo voz, ni pañuelo, ni amante;/no sé por qué me vuelvo amigo de los perros/cuando soy un transeúnte de la tarde/sin saber por qué vivo y por qué muero”. Quizá supo, finalmente, por qué murió. Pero acá nadie, ni sus amigos más cercanos lo saben. Sólo un día de diciembre las calles de Santiago no vieron más su andar lento y sus cercanos no recibieron su palabra de poeta casi maldito. Quienes estábamos en su periferia (estudió periodismo y, muchas veces, coincidimos en recitales, conferencias, o en los vetustos pasillos de El Mercurio), vagamente entendimos que había entrado en un territorio que le era propio: el de la nostalgia más absoluta, el de la ausencia. No definitiva, puesto que para perpetuarlo queda su poesía: “Que mi rostro/siga/siempre/pálido:/así/nadie/sospechará/mi muerte”.

Rodrigo Lira, en cambio, se defendió siempre de los embates del mundo con humor. Con unos ojos que chispeaban y con una poética que también lo hacía. Picardía, diversión, gracia y encanto juguetón campearon en su obra y en su personalidad. Nunca dejó indiferente a nadie: se lo amaba o se lo detestaba, al igual que a su obra. Simpático, genial prestidigitador de las palabras, sus versos tendían a una crítica, pero sin la nostalgia de Rubio. Sus ideas eran irónicas. Ardientes. “Además,/la poesía./Me abandona a mediodía;/cuando escriba/no conduzca no./Corra: poesía hay en todas partes”. Detrás de los juegos de palabras, de las innumerables citas, de las alusiones, de la ropa prestada que tomaba de otros poetas (ropa en sentido figurado, que no se crea...), curiosamente coincidía con Rubio en una sola obsesión: la muerte. Ambos la sintieron, la

RODRIGO LIRA / PROYECTO DE OBRAS COMPLETAS



COEDICION/MINGA/CAMALEON

rondaron, la amaron y la odiaron. Hasta casarse con ella, pese a estar tan comprometidos con la vida.

“Roberto cae, se estrella en el suelo de baldosas/y muere”, escribió Lira en un manuscrito de 1979. Premonición de la muerte de Rubio. “Se puede optar/si uno realmente quiere/por hacer cualquier viaje, de polizón o pasajero/a cualquier parte/incluso al más allá”. El se embarcó de polizón, se subió a la embarcación del Barquero antes de haber pagado el pasaje completo, apurando su paso a esa estación del otro lado, ansioso de dejar la Tierra que él definía como “esta bola que traza elipses alrededor/de sa estrella que llamamos sol”.

Palabras póstumas se dijeron muchas. No es necesario repetir las. Muchas de ellas también fueron falsas, como suele suceder en las honras fúnebres. Los años han pasado. La poesía de ambos permaneció salvando las falsas alabanzas. Está aquí, al menos en dos obras que intentan recopilar parte de sus trabajos. Quienes los conocieron a través de estas dos ediciones pueden recordarlos. Quienes no pudieron escucharlos leyendo –con nostalgia, como si ya no estuviera entre nosotros (Armando) o con liviana o densa ironía (Rodrigo)– podrán, al menos, descubrir por qué pueden ser considerados como los mejores de su generación. No por mentiroso laurel para el que ya no está, sino por verdadera admiración al que recordamos.